

Libia, un Estado fragmentado.

La territorialización de las disputas de poder multiescalares ¹

Stella Maris Shmite

shmite_stella@yahoo.com.ar

María Cristina Nin

ninmcristina@gmail.com

Instituto de Geografía. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de La Pampa (UNLPam)

¹ Esta ponencia se desarrolla en el marco del Programa de Investigación “*Contextos territoriales contemporáneos: abordajes desde la Geografía*”, aprobado por Resolución N° 093-14 - CD - FCH – UNLPam, y corresponde a un avance del Proyecto de Investigación “*Fragmentación territorial, poder y tensiones. (De) construyendo las nuevas geo-grafías*”, aprobado por Resolución N° 042-18- CD - FCH – UNLPam.

Resumen

El propósito de esta ponencia es dar cuenta de la trama territorial emergente a partir del derrocamiento de Gadafi. La investigación tiene como objetivo interpretar el rol y el poder de los diferentes actores en relación con las acciones territoriales, anclada en fuentes académicas secundarias.

En el contexto de la Guerra Fría y del mundo bipolar, la posición de Libia en el mapa geopolítico mundial fue relevante: un actor estratégico como proveedor de petróleo. Si bien en las últimas décadas del siglo XX, la relación con el “mundo occidental” estuvo marcada por una etapa de tensión, en los inicios del nuevo siglo Libia estableció una política exterior de apertura económica y política.

El movimiento social que dio lugar a las “revueltas árabes” fue el escenario que habilitó la intervención de la OTAN en marzo de 2011. Luego de varios meses de bombardeos y emergencia de grupos armados locales, la muerte de Gadafi cerró esta etapa. Para los grupos rebeldes libios este escenario significó una oportunidad para expresar sus relaciones de poder. Libia es un Estado fragmentado donde se identifican grupos armados que ejercen distinto grado de control sobre el territorio.

Palabras clave: Geografía, Libia, Revueltas árabes, poder, territorio fragmentado.

1. Introducción

La República de Libia se encuentra en África septentrional, en el Magreb, limita al este con Egipto, al sureste con Sudán del Norte, al oeste con Túnez y Argelia y al sur con Níger y Chad. El mar Mediterráneo la bordea por el norte (Figura N° 1). La superficie es de 1.759.540 Km² con una población de 6.293.253 habitantes en 2016 (Banco Mundial, 2018) distribuidos de manera irregular, concentrándose la mayoría de los habitantes en la costa mediterránea.

Las principales ciudades por el número de habitantes y por la dinámica de las actividades económicas son Trípoli y Bengasi, las cuales se ubican, al igual que otros núcleos urbanos, en la franja costera litoral. El resto del territorio está ocupado por el desierto del Sahara, denominado desierto líbico, donde la densidad de población es baja. El clima predominante en la mayor parte del territorio es el clima seco desértico, cuyos veranos son calurosos con temperaturas extremas. Sólo la franja costera posee clima mediterráneo donde se encuentra más del 90% de la población.

Figura N° 1: Libia y el entrono regional



Fuente: <http://www.onuitalia.com/2018/03/13/libia-italia-e-ue-approvano-nuovo-progetto-per-sostegno-economico-24-municipalita/>

Libia es un país con escasez de agua y suelos poco aptos para el desarrollo de la agricultura. La mayor parte del país está ocupado por el desierto del Sahara. Los avances en los niveles de bienestar de la población (educación y salud) colocaron a Libia en los inicios del siglo XXI entre los primeros de lugares de África, avances que fueron impulsados por el régimen de Gadafi desde los inicios de su mandato (Revolución de Septiembre 1969). Las regalías petroleras favorecieron las mejoras sociales, las inversiones en infraestructura y también los acuerdos con las diversas tribus que convivían en el territorio, para lograr la unidad proclamada por Gadafi. La economía de Libia se organizó en torno a los vastos recursos petroleros y esta riqueza no solo fue importante en la organización interna del Estado, sino que fue el eje que, durante décadas, marcó la agenda de la estrategia geopolítica regional y mundial de Libia.

“La Libia de Gadafi pertenecía a la categoría de los llamados “Estados rentistas”, es decir Estados cuya economía depende en buena parte de la renta exterior derivada del petróleo, la cual es distribuida por el Estado a la población, con el objeto de ganar la adhesión de las fuerzas sociales y garantizar la supervivencia del régimen. Recordemos que el petróleo representa el 70% del

PIB libio, más del 95% de las exportaciones y cerca de un 90% de los ingresos del país” (De Maradiaga, 2015: 10).

El régimen de Gadafi no logró una distribución equitativa de las riquezas, se generaron núcleos sociales insatisfechos en distintas regiones del país, tampoco se orientó los planes estatales hacia la diversificación y modernización de la economía, y, por lo tanto, no se crearon nuevos puestos de trabajo para satisfacer la demanda de la creciente población joven. Al inicio de la “Primavera Árabe”, la tasa de desempleo era del 30% y afectaba principalmente, a la población más joven y a las mujeres. Esto sumado a la privación de derechos y libertades civiles que implicaba el gobierno dictatorial de Gadafi, confluyó en un descontento popular generalizado que incentivó las manifestaciones de los ciudadanos en las calles de las principales ciudades libias. La revuelta árabe en Libia se tiñó de otras variables y derivó en una guerra civil que continúa. Libia hoy puede definirse como un territorio fragmentado, con dos gobiernos, uno con sede en Tobruk y el otro en Trípoli, y decenas de grupos armados que controlan zonas del territorio, mientras el petróleo sigue fluyendo, aunque la producción disminuyó considerablemente.

El abordaje de la situación actual del territorio libio se realiza desde una mirada multivariable tomando en consideración tanto los factores internos como externos. Desde la configuración del Estado hasta la trama territorial actual, se ponen en consideración los factores étnico-culturales (tribus y clanes) en la articulación de las relaciones de poder, los factores económicos con el petrolero como eje transversal de la política económica, los factores políticos que definen la historia del Estado en las últimas décadas y, los acontecimientos recientes que ponen de manifiesto el desafío que lleva adelante el pueblo libio para construir un proceso político que cierre la presente etapa de guerra civil.

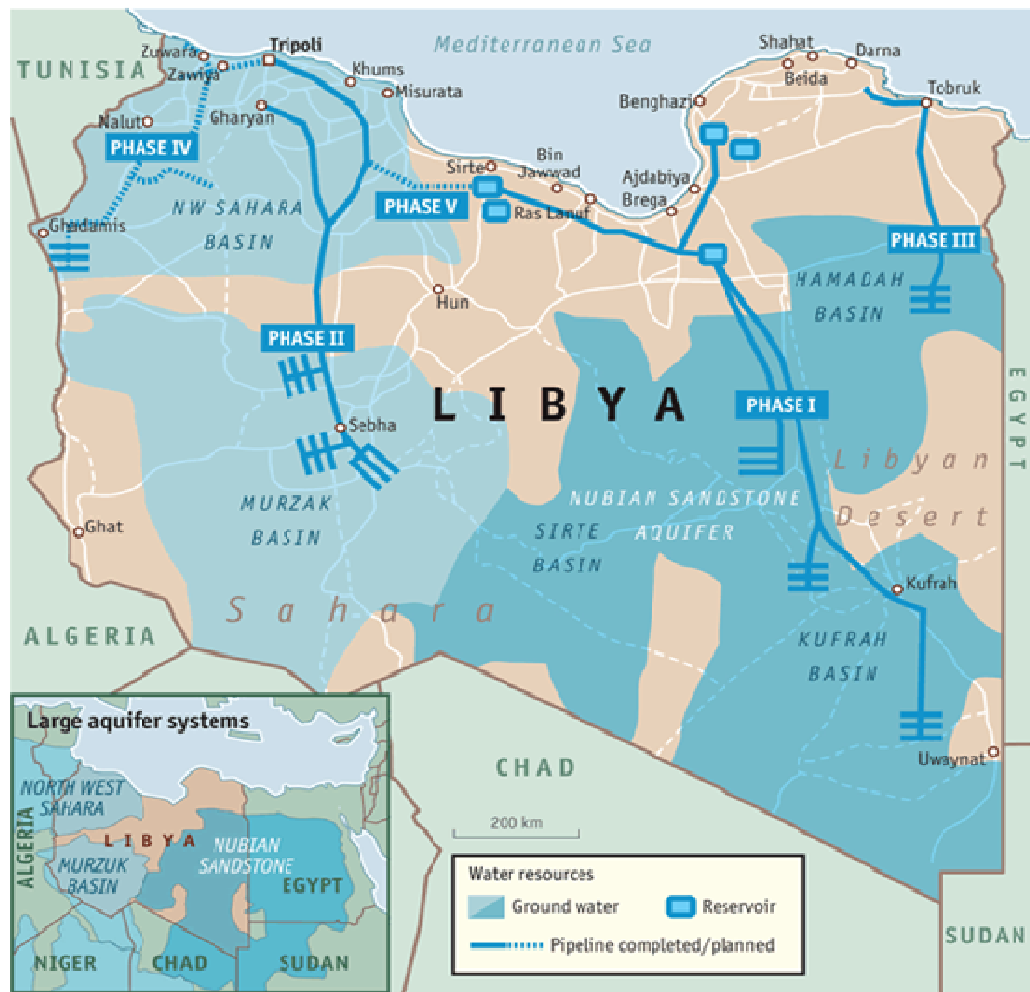
El camino metodológico aplicado consistió en deconstruir las acciones y los actores involucrados en la guerra civil que transformó a Libia en un Estado fragmentado, e incluso, en un Estado fallido. A partir de la revisión y análisis de diversas fuentes tales como artículos académicos, documentos oficiales y noticias de periódicos internacionales, entre otros, el objetivo fue construir un estado de situación que permita comprender esta problemática territorial contemporánea y en curso, para comprender y poder explicar desde la multiperspectividad la situación actual. Con el anclaje teórico conceptual de la Geografía, se focalizó el marco teórico en autores como Méndez (2011), Chomsky (2017), Rabbia (2016), entre otros, para caracterizar esta problemática territorial como socialmente relevante.

La caída del régimen autocrático en este país africano significó el comienzo de una nueva etapa, en principio, acompañada de promesas y esperanzas en el contexto de la “Primavera Árabe”. Sin embargo, la evolución de los acontecimientos resultó en una situación caracterizada por “(...) *la convulsión social, política y económica generada por la violencia interna reinante y la incapacidad del Estado para proveer bienes públicos esenciales a sus habitantes*” (Rabbia, 2016:79). Esta compleja trama territorial de poder y violencia constituye un problema social candente (López Facal, 2011) por su actualidad y por la significación de los acontecimientos en los que están inmersos una diversidad de actores sociales.

2. El agua, el petróleo y la gestión del territorio

Debido a la escasez de precipitaciones sólo el 2% del territorio es apto para la agricultura y a su vez, la calidad de los suelos presenta limitaciones para la producción agraria. Sin embargo, en el sur del país, junto a la frontera con Chad, se constituye en un lugar estratégico dado que existen importantes reservas de aguas subterráneas (Acuífero de NUBIA). El Acuífero de Nubia, que abarca parte del territorio de Chad, Egipto, Libia y Sudán, es el mayor sistema de agua fósil del mundo, cubre unos dos millones de kilómetros cuadrados y se estima que contiene unos 150.000 kilómetros cúbicos. Esta fuente de agua se descubrió en el marco de exploraciones en busca de petróleo en la década de 1950. Son cuatro grandes cuencas con una capacidad estimada de entre 4.800 y 20.000 kilómetros cúbicos. A partir de este hallazgo, se puso en marcha durante el gobierno de Gadafi el proyecto la construcción de un acuífero denominado “Gran Río Artificial” (Figura N° 2).

Figura N° 2. Libia: el Gran Río Artificial. Etapas finalizadas y proyectadas en 2011



Fuente: <http://www.malvinense.com.ar/sgeopol/2011/192.htm>

La red de tuberías subterráneas de casi 4.000 Km de largo conecta unos 1.300 pozos que tienen entre 450 y 650 metros de profundidad en el desierto del Sahara. La primera fase de las cinco en las que se dividió el proyecto se inauguró en 1991. La segunda fase recibió el nombre de "Primera agua para Trípoli", se comenzó a construir en 1989 y fue inaugurada en 1996. De acuerdo con el proyecto, la última fase de esta obra permitiría el abastecimiento de agua potable a todas las ciudades costeras además de generar áreas agrícolas con una superficie bajo riego de unas 155.000 hectáreas. Incluso con las dos últimas fases aún por completar, el Gran Río Artificial es el proyecto de trasvase de agua más grande del mundo.

Además del abastecimiento de agua potable, el propósito fue generar un “desierto verde” en el norte que permitiera lograr la soberanía alimentaria del país. En 2011, se habían finalizado las Etapas o Fases I a III del Proyecto, consideradas las de mayor envergadura por su extensión y

por la inversión financiera. Durante el transcurso de la guerra civil el acueducto fue objeto de ataques por su función estratégica, incluso una de las dos plantas de fabricación de tuberías, la situada en Brega, fue destruida por bombardeos de la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte). También otras áreas del acueducto fueron afectadas como consecuencia de la guerra y, por lo tanto, la situación actual pone en riesgo los objetivos iniciales de esta obra.

Desde los inicios de la independencia (1951), la búsqueda de recursos petroleros constituyó una prioridad para el Rey Idris al Mahdi, con el propósito de resolver la organización social, económica y política del Reino Unido de Libia. De hecho, en la década de 1950 se habilitó la concesión de áreas de prospección geológica a diversas empresas extranjeras. En 1955, luego de aprobarse la Ley del Petróleo, se inició la producción de hidrocarburos en los primeros pozos. Dicha Ley establecía la conformación de una Comisión gubernamental encargada de otorgar concesiones para actividades de prospección y explotación, como, asimismo, administrar la producción y controlar que el 50% de los ingresos por exportación quedaran en manos del Estado.

En el año 1960 ya existían 35 pozos en actividad, con una producción de 93.000 barriles diarios. Entre 1962 y 1966 aumentó considerablemente la producción y las exportaciones de crudo aumentaron un 72% en ese período. Desde la década de 1960, unas “(...) 20 empresas extranjeras exploraban 95 áreas concesionadas que cubrían el 65% del territorio del país” (Urías, 1988:69), por tal razón, en adelante, el vínculo con la economía internacional fue el petróleo. En 1968, Libia era el segundo productor del mundo árabe, en 1969 se incorpora a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP).

A partir de la revolución de 1969 con la proclamación de la República Árabe de Libia y el ascenso de Gadafi al poder, la estructura productiva no sufrió grandes transformaciones y el petróleo siguió desempeñando un rol protagónico, tanto en la gestión interna del territorio como en la política internacional. Sin embargo, la política en relación con la producción de hidrocarburos tuvo cambios importantes. El Estado aumentó la participación en las etapas de distribución, industrialización y comercialización de la producción, acompañada de una participación directa en la fijación del precio del petróleo.

“El control sobre parte de la comercialización, la alta calidad del crudo y la proximidad de los mercados de Europa Occidental permitieron a Libia desempeñar un papel más activo en la determinación de los coeficientes de

explotación de su recurso y una mayor influencia en la fijación de sus cotizaciones” (Urías, 71:1988).

A partir de los años ´70, el gobierno de Libia inicia un proceso de “nacionalización” o “libialización” (por el particular estilo de organización interna del estado), que se extendió a todas las ramas productivas, no solo a lo relacionado con el petróleo. La propiedad privada debía estar abolida a finales de 1981 y reemplazada por los comités económicos de los pueblos, todo en el marco de una política interna diseñada por Gadafi. Siempre con la riqueza petrolera como eje de la política económica, se implementó una planificación del desarrollo del país donde el sector agrícola ocupó un lugar importante. En este contexto y a partir de los sucesivos Planes de Desarrollo (Cinco) que se ejecutaron con las regalías petroleras, se inicia en 1983 la construcción del Gran Río Artificial.

En un país como Libia, caracterizado por la escasez de agua y la limitada existencia de suelos fértiles, la organización de la política interna siempre estuvo anclada en los considerables recursos petroleros.

“La dependencia de la economía de los hidrocarburos es una herencia envenenada del régimen de Gadafi. No será fácil llevar a cabo una reconversión tecnológica en una sociedad atrapada en semejante tormenta política e identitaria. La democracia y el “federalismo intertribal” tendrán muchas dificultades para afrontar esta cuestión, pues supone una visión nacional, unitaria a largo plazo, desprovista de todo prejuicio cultural, y centrada en una concepción moderna de desarrollo científico y tecnológico. No es seguro que las potencias extranjeras que han intervenido en la revolución libia tengan entre sus proyectos otra cosa con qué abastecer a los libios más que con dólares a cambio de su petróleo” (Nair, 2013: 120).

Junto con Nigeria, Argelia, y Angola, entre otros, Libia es hoy uno de los productores de petróleo más importante de África. Sin embargo, la caída de Gadafi y la guerra civil en la que está inmerso el país desestructuró los engranajes que permitían el funcionamiento de la economía interna, pero fundamentalmente, se cayeron los acuerdos internos (aceptados o impuestos) que facilitaban la organización de una trama territorial anclada en la planificación estatal, con el petróleo como principal activo financiero.

3. El mundo árabe atravesado por manifestaciones sociales

Las variables que impulsaron los movimientos sociales en los países árabes a partir de 2011 son múltiples y al mismo tiempo complejas. Es posible identificar algunas variables comunes como las crisis económicas prolongadas, el incremento del precio de los alimentos básicos, así como una alta tasa de desempleo, especialmente de la población más joven que no puede acceder al mercado de trabajo y de este modo, resolver su vida cotidiana, así como las dificultades para acceder a una vivienda. A esto se suman los regímenes gobernantes que suspenden o manipulan las garantías constitucionales de libertad y dignidad de los ciudadanos. Este movimiento social, conocido como la “Primavera Árabe”, expresa territorialmente la emergencia de una reconfiguración del espacio político: no se trata de un golpe de Estado típico, es mucho más que eso. El derrocamiento de las dictaduras en el mundo árabe no ha tenido nada que ver con el islam. Tal como escribió Roy (2011), la generación de los jóvenes árabes no está motivada por la religión, sino por conseguir democracia. Los manifestantes en las distintas plazas y ciudades reclamaban libertad, justicia, democracia y elecciones multipartidarias. Estas demandas de los ciudadanos, expresadas territorialmente a través de las masivas rebeliones populares, pusieron en cuestión la configuración del modelo de Estado vigente desde hacía décadas en el norte de África y en Oriente Medio.

“Las dictaduras personalistas (militares o civiles), el parlamentarismo de partido hegemónico, las monarquías absolutas y las plutocracias hereditarias son los sistemas de gobierno predominantes en los países del arco que va del Atlántico al golfo Pérsico. El complemento de esta media luna islámica (Turquía, Líbano, Irán, Afganistán y Pakistán) son estados donde el autoritarismo (político y policial) y los poderes confesionales determinan la gobernanza” (Ramonet, 2012: 188).

En las últimas décadas del siglo XX e inicios del siglo XXI, los estallidos sociales “democratizadores” se desarrollaron en casi todos los países de la región. Son un largo proceso en busca de una libertad propia, diferente a la del mundo occidental. Se busca una oportunidad moral para construir un espacio político con dignidad en una sociedad expoliada y humillada (Castro Fernández, 2014). En el mundo occidental tal vez no fueron suficientemente

visibilizados o sólo fueron interpretados como fundamentalismos religiosos. Sin embargo, “(...) *esta revuelta es profundamente democrática, aunque la mayoría de los gobiernos autoritarios se sostengan gracias al respaldo de quienes dicen ser los portadores del mensaje universal de la democracia*” (Brieger, 2011:21). La persistencia de este tipo de gobiernos en la región es un rasgo común. Desde Marruecos a Egipto, Siria, Qatar, Libia y Arabia Saudita, la variable que sufrió menos inflexiones en el mundo árabe, desde la independencia hasta hoy, es el carácter autocrático de los Estados. Tanto las monarquías como las repúblicas comparten esta característica y, a pesar de las crisis de legitimidad, lograron estabilizar, mantener y consolidar su poder durante varias décadas.

Después de Túnez y Egipto, fue Libia el tercer país sacudido por la llamada “primavera árabe”. En solamente tres meses la ola de revueltas ciudadanas se instaló en todos los países árabes desde el Atlántico hasta los emiratos del Golfo Pérsico. Sin embargo, dos gobiernos “(...) *plantean un rechazo frontal a las demandas: El Asad en Siria y Gadafi en Libia*” (Castro Fernández, 2014: 104).

En el caso de Libia, la evolución de este movimiento social fue muy diferente. Para comprender el proceso es importante tener en cuenta dos aspectos: los acontecimientos internos y los externos. Con relación a la gestión interna del Estado hay que recordar el poder personal del coronel Gadafi, que impidió la formación de un poder institucionalizado que gestionara el territorio. La estructura de poder de Gadafi se consolidó anclada en “(...) *servicios sociales gratuitos (el nivel educativo y la esperanza de vida de Libia son hoy de los más altos de África), de la aplicación del código moral islámico y el nacionalismo panarabista*” (Saborido y Borrelli, 2016: 203). Ello fue posible por los ingresos provenientes del petróleo y la puesta en práctica del *Libro Verde*, que funcionó como la Constitución.

“Gadafi implementó como estrategia la creación de congresos populares de base, funcionando a su vez los comités revolucionarios, que dieron origen finalmente a la proclamación de la Yamahiriyya, palabra utilizada para designar el poder directo de las masas, sin ninguna institución intermedia que limitara el supuesto poder del pueblo” (Saborido y Borrelli, 2016: 203).

Los preceptos del Libro Verde y su implementación en la organización territorial dieron lugar a una forma original de “socialismo islámico” que funcionó como la ideología del régimen autocrático y mantuvo el territorio organizado en torno al poder estatal en manos de Gadafi. Cuando se inician las protestas sociales en Libia, rápidamente se transforma en una guerra civil por la sublevación de grupos internos y por la intervención extranjera² que derivó en la muerte del dictador Muamar el Gadafi, que gobernaba el país desde 1969.

“En Libia, se transformó en guerra civil abierta porque el régimen tiránico de Gadafi desafió el pacifismo de la sublevación en Benghazi y desencadenó una represión militar feroz en contra de civiles desarmados, lo que provocó hasta el rechazo de una parte de su ejército que se unió a la sublevación” (Nair, 2012: 169).

Aunque la revuelta ciudadana y la intervención extranjera llevaron a la caída de Gadafi, quedaron los restos de una estructura de poder que supo construir y sostener por décadas el dictador: las élites de poder (antiguas y emergentes) y las milicias locales y regionales, muchas de ellas con influencia de grupos yihadistas radicalizados. El gran interrogante que se plantea es cómo será la amalgama entre los diferentes actores en uno de los principales países petroleros de África.

4. De la independencia a la guerra civil

El territorio de la actual Libia tiene un largo proceso histórico de ocupación. Los romanos ocuparon la costa en las áreas de Tripolitania y Cirenaica, mientras que el interior estaba habitado por tribus bereberes. Posteriormente, alrededor del 642 el pueblo árabe ocupó la región del Magreb. Libia tuvo su etapa de dominación Otomana desde 1553 hasta la ocupación italiana. En 1911, Italia invadió la provincia otomana de Trípoli y un año más tarde Cirenaica. Se creó la colonia de Libia compuesta por las provincias de Tripolitania, Cirenaica y el interior de Fezzan. El mayor obstáculo para los italianos fueron las tribus del interior.

“Tras la Gran Guerra, la diplomacia italiana buscó una solución pacífica con las tribus del interior, pero tras la subida al poder de Mussolini, en 1922, Italia

² La coalición internacional (ONU, Liga Árabe, OTAN, Unión Europea, Confederación Islámica y Consejo de Cooperación del Golfo) liderada por Estados Unidos, Reino Unido y Francia con el apoyo de cinco países árabes, iniciaron el ataque bajo el amparo de la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Alemania se niega a sumarse a la operación militar y toma la posición de Rusia y China (Castro Fernández, 2014).

inició la pacificación de Libia. La reconquista italiana de su colonia fue costosa y lenta. Las tribus beduinas, pertenecientes a la orden de Sanúsiyya -movimiento religioso que, frente a la ocupación italiana, adquirió un carácter nacionalista y militar- ofrecieron una heroica resistencia. La guerra no se dio por terminada hasta 1931, cuando el líder libio, Omar Mukhtar, fue capturado, juzgado y ejecutado públicamente” (Ceamanos, 2016: 62 - 63).

En 1951 la ONU (Organización de Naciones Unidas) decide dar la independencia del país, es así como el Reino de Libia se convierte en la primera colonia independiente de África. El Rey Idris I (Idris al Mahdi) va a gobernar el territorio bajo la forma de Monarquía. La estructura económica del reino, organizada en base al pastoreo nómada y la agricultura de subsistencia, va a cambiar radicalmente cuando en 1959 se descubre petróleo.

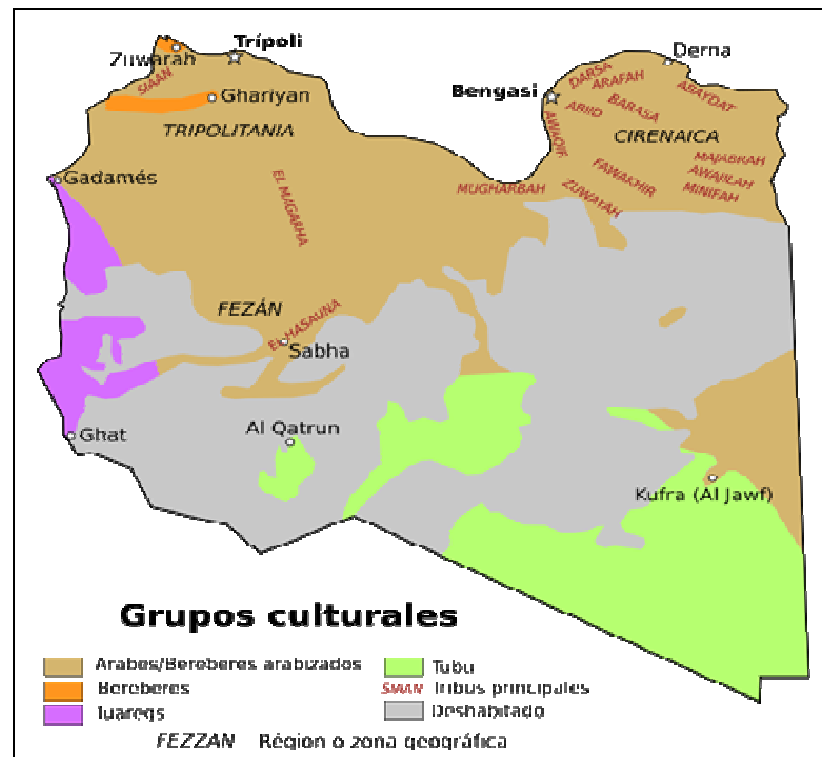
En cuanto a la conformación étnica, la población de Libia presentaba y presenta aún hoy, una importante diversidad dado que, como producto de un largo proceso histórico de ocupación del territorio, se pueden reconocer aproximadamente 140 tribus y clanes cuya procedencia se corresponde con pueblos árabes y bereberes. Se puede afirmar que la complejidad étnica fue desde siempre una situación problemática, a tal punto la tribu era una de las cuestiones fundamentales del Libro Verde proclamado por Gadafi. En este sentido, “(...) *la tribu era considerada una forma de organización social inferior (en términos de cohesión) a la nación, pero superior a la familia*” (Saborido y Borrelli, 2016: 203). Es una organización esencial de la sociedad tradicional libia y en su conjunto, las tribus desempeñaron un rol importante en la articulación territorial de las diferentes regiones con el poder central (Figura N°3). Es tal el peso de la identidad de tribu que los libios se identifican primero por su pertenencia a una tribu, luego a una de las tres regiones (Tripolitania en el oeste, Cirenaica en el este y Fezán en el sur) y, por último, expresan su pertenencia al país.

La organización clánica y las estructuras tribales están presentes en el territorio desde tiempos anteriores a la independencia. Durante la monarquía de Idris I, se produce una consolidación del poder de algunos clanes locales. La pertenencia a diferentes tribus se hizo evidente en la fragmentación que acompañó las diferencias sociales en cuanto a calidad de vida y educación (Rabbia, 2016).

La denominada Revolución de Septiembre (1969) terminó con el Reino al destituir a Idris I. En ausencia del mandatario, el golpe militar lo llevó adelante un grupo de oficiales jóvenes que proclamó la República Árabe de Libia. Al frente del gobierno se constituyó un Consejo al

Mando de la Revolución (RCC) encabezado por el coronel Muamar el Gadafi, un joven de 27 años. Hasta 1970 gobernó una coalición formada por civiles y militares, pero al año siguiente Gadafi se convirtió en Primer Ministro y creó la Unión Árabe Socialista, el único partido autorizado (De Maradiaga, 2015).

Figura N° 3. Regiones de Libia y composición étnica



Fuente: <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=44767686>

Desde este momento hasta 2011, Gadafi se convirtió en un personaje carismático que desempeñó un rol protagónico destacado en la escena nacional, regional e internacional al frente de un Estado que organizó su poder económico anclado en los recursos petroleros.

El régimen de Gadafi se opuso a la influencia ejercida por los clanes de mayor poder en los asuntos políticos y buscó debilitar las lealtades tribales existentes. A través del control el gobierno central aseguró la integridad de las tribus, y aunque no fueron los cimientos de la organización política y social del Estado, se articularon acuerdos que permitieron la gestión del territorio y la conformación de un Estado libio unitario. Cabe aclarar que “(...) pese a los esfuerzos del régimen, los factores ideológicos nunca tuvieron el mismo peso que los lazos tribales y de sangre” (Rabbia, 2016: 77). Las tribus que habitan en las tres regiones libias, es

decir Tripolitania, Cirenaica y Fezan, construyeron relaciones sociales y económicas con diferente grado de apoyo a Gadafi, relaciones que se transformaron con la emergencia del conflicto en 2011 y desembocaron en el desmembramiento del Estado.

En la región de Cirenaica ubicada en la zona oriental de Libia desde la costa hasta el límite sur, que concentra el 80% de las reservas de petróleo, se localizan tribus que siempre fueron hostiles a Gadafi y apoyaron rápidamente a los grupos rebeldes. Esta región tradicionalmente era el centro de oposición islamista al régimen, donde se podían encontrar representantes de la rama libia de los Hermanos Musulmanes y otras células opositoras surgidas en los años setenta y ochenta (De Maradiaga, 2015). Inmediatamente después de la intervención de la OTAN, esta región se autoproclamó autónoma con la creación del Consejo Nacional de Cirenaica, aunque no fue reconocida.

La región de Fezán, ubicada al sudoeste del país, tiene yacimientos petrolíferos en explotación, pero de menor dimensión que los de la región anterior. Si bien está poco habitada, se encuentran tribus de origen bereber y también tuareg. Al inicio del conflicto también intentó declarar la independencia.

Por lo que Gadafi, en principio, contaba con el apoyo de los pueblos costeros de la región de Tripolitania en el norte. Este apoyo también se quebró con la insurrección de una parte de las tropas del ejército y la emergencia de grupos islamistas armados, como consecuencia, se produce la balcanización del Estado libio, un hecho celebrado (y seguramente planificado) por las potencias occidentales.

“El problema real del país magrebí no reside tanto (o en exclusiva) en el ascenso del islamismo o en la incorporación al campo político de las formaciones islamistas sometidas a la represión durante décadas, sino en las rivalidades entre los diferentes centros de poder respaldados por sus respectivas tribus (Ouannes, 2009) y apoyadas sobre una determinada base ideológica: por una parte, las brigadas de Zintan y Misrata, enfrentadas en el área de Tripolitania (oeste del país) y, por la otra, las tropas del general Khafter y las milicias de Ansar al Sharia, que combaten por el control del área de la Cirenaica” (García Guindo y Mesa García, 2015: 94).

Si bien existió un movimiento social en varias ciudades libias en 2011, la insurrección popular fue rápidamente militarizada y el país se transformó en el escenario de una violenta guerra civil.

La guerra civil se extendió en el territorio, con consecuencias directas sobre las infraestructuras y los centros urbanos más importantes, en un contexto donde intervino una coalición extranjera. De este proceso no emergió ningún nuevo orden sociopolítico estable, y mucho menos un Estado (Haimzadeh, 2015).

Lo que podríamos denominar la identidad nacional construida por Gadafi desapareció rápidamente. Antiguas rivalidades locales, interétnicas, fueron reavivadas durante y después del inicio de esta nueva etapa del país. Renovadas tensiones y divisiones internas, proliferación de grupos armados y violencia generalizada expresan la emergencia de nuevas relaciones de poder entre ciudades, regiones y tribus (Figura N°5). Una nueva y cambiante trama territorial se construye y reconstruye a partir del caos reinante.

“Tal desmantelamiento del poder dificulta el alcance de una solución que genere una cierta estabilidad en Libia, y ello porque las “nuevas elites políticas”, surgidas tras la desintegración del régimen, están invirtiendo todos sus esfuerzos en el control de los recursos energéticos en lugar de garantizar la constitución de un Estado en los términos que dieron origen a la sublevación contra el régimen de Gadafi” (García Guindo y Mesa García, 2015: 94).

La situación actual puede definirse como una guerra civil que se alejó de las ideas iniciales de las revueltas sociales propias de la primavera árabe que fue transversal a los países de esta región. Hoy la contienda gira en torno al control de las instituciones y al control de los ingresos derivados del petróleo. La situación que se vive hoy en Libia puede sintetizarse del siguiente modo: dos gobiernos, uno con sede en Tobruk (este) y el otro en Trípoli (oeste), y decenas de grupos armados que se ubican en distintas zonas del territorio, grupos que son dinámicos y mutan según los intereses políticos o en virtud de mantener o no los acuerdos entre las tribus y clanes. En esta lucha de poder la población está inmersa en una situación de caos que tiende a agravarse día a día, con una persistente crisis política, una división institucional y múltiples grupos armados que generan focos de tensión y violencia en todo el territorio, lo que resulta en una crisis humanitaria.

5. Fragmentación del poder, principales actores

Si bien no puede negarse la existencia de un movimiento social liberalizador y con base en los ciudadanos, desarrollado en el contexto de la Primavera Árabe, lo que ocurrió a partir de febrero de 2011 se transformó en una insurrección popular rápidamente militarizada que condujo a la guerra civil. La movilización de los ciudadanos no abrió la ventana de la oportunidad a un nuevo orden social y político, más bien se convirtió en la coyuntura apropiada para el resurgimiento de las tensiones definidas por la pertenencia ideológica, regional y/o de tribu. Tras la caída de Gadafi, antiguas rivalidades locales fueron reavivadas por el conflicto, a lo que se sumó la proliferación de armas en todo el territorio y por consiguiente, la violencia tomó el centro de la escena. Ninguna estructura organizativa pudo surgir, la “balcanización” de Libia manifiesta la competencia por el dominio territorial, es decir, la competencia entre ciudades, entre regiones, entre la costa y el interior. El poder de las milicias que intentan dominar cada lugar se evalúa por el armamento y el número de miembros dispuestos a pelear y dejar la vida. Las milicias armadas son actores destacados en esta situación de caos interno (Fuente Cobo, 2018).

5.1. Las élites políticas

Las élites políticas serán desde el primer momento, los actores fundamentales. En plena guerra civil, en febrero de 2011 se crea el Consejo Nacional de Transición (CNT) para actuar como gobierno provisional. Entre sus miembros se encontraban personas que habían formado parte del gobierno de Gadafi como el presidente del CNT, Mustafá Abdul Jalil y Mahmoud Jibril. Sin embargo, luego de la muerte de Gadafi, esta institución pierde legitimidad.

En julio de 2012 las élites políticas propician la realización de elecciones parlamentarias como instrumento para legitimar el poder y controlar el Estado. El propósito de estas elecciones fue proclamar 200 representantes que formarían la Asamblea Constitucional o Congreso General de la Nación (CGN) con sede en Trípoli y con representación regional (100 representantes de Tripolitania, 60 de Cirenaica y 40 de Fezán). Con una participación cercana al 60% de los electores, los resultados dieron 39 escaños a la Alianza de Fuerzas Nacionales (de tendencia “liberal” formada por ex gadafistas y miembros de la anterior CNT). Mientras que los “islamistas” del Partido Justicia y Construcción sólo colocaron 17 diputados, las alianzas y cercanías ideológicas de otros candidatos, les permitieron controlar el Congreso. Además del resultado, lo importante es destacar la participación de las élites políticas de corte islamista que estuvieron proscriptas durante el régimen de Gadafi.

De estas elecciones emergen las primeras fracturas territoriales, según lo expresado por Haimzadeh (2015). En primer lugar, se perfilan dos facciones ideológicas en el Congreso. Por un

lado, la autoproclamada “liberal” o “nacionalista” (“laica” para la prensa internacional). Por otro lado, la rama “islamista” que accede al Congreso. Esta última es más que un movimiento islamista, es una corriente política-ideológica que llama a proclamar una Constitución sobre la base de la Sharia (Ley Islámica). En segundo lugar, emerge otra línea de fractura: las élites políticas que fueron parte del antiguo régimen e incluso exiliados que regresaron después de la muerte de Gadafi, frente a una generación emergente de una élite política en construcción, la “nueva” oposición islamista con apoyo interno y externo.

Ambas élites políticas buscarán el apoyo de las milicias que se empoderan cada vez más en pos de lograr reconocimiento y participación en la toma de decisiones en uno u otro bando. En este sentido, por ejemplo, las milicias de Zintan, al sur de Trípoli, van a apoyar a los “nacionalistas”, y las milicias de Misurata, al este de Trípoli, a los “islamistas”. Cada una de ellas, ocupará lugares estratégicos, incluso dentro de la ciudad de Trípoli.

Para el año 2014 el poder del CGN con sede en Trípoli era débil, se perfilaba un poder creciente en la región de Cirenaica, asentado en el control de la producción petrolera. Al mismo tiempo, en el interior de Libia predominaban las lógicas locales de organización territorial, donde la pertenencia étnica (bereberes, tubus o tuareg), las tribus o las milicias organizadas, actuaban en función de sus propios intereses. Superpuesta a esta línea de fractura, “(...) una línea divisoria más se perfiló poco a poco entre poblaciones de origen beduino, o que se reconocen como tales, y poblaciones de tradición urbana y comercial” (Haimzadeh, 2015:19). Entre las primeras, las estructuras clánicas y tribales son fuertes y el islam no está presente, por lo que se alineaban preferentemente con las élites liberales, mientras que la población mayoritariamente urbana se alineaba en las fuerzas islamitas. Esta se transformó en una línea de fractura que llevó a la violencia más extrema.

El ex militar Jalifa Haftar³ que participó de las fuerzas militares que derrocaron al Rey Idris I, supo catalizar estas diferencias. Representa una de las élites más importante de Libia pos Gadafi. En 2014 organizó la Operación Dignidad para destituir al Congreso General de la Nación (CGN) con sede en Trípoli y derrotar a las milicias islamitas. Para sus incursiones militares sobre el territorio se apoyó en el Ejército Nacional Libio que logró organizar con miembros de los más

³ Jalifa Haftar es un ex general del Ejército Libio que llegó a ocupar el cargo de Jefe de Estado Mayor de Gadafi. Pero luego del conflicto entre Libia y Chad (1978-1987), Gadafi lo acusó de traición, desertó en 1983 y se exilió en Estados Unidos. En marzo de 2011 regresó a Libia para incorporarse a los rebeldes que enfrentaban a Gadafi y dirigir las tropas militares del Consejo Nacional de Transición (CNT). A partir de ese momento construyó su poder a través del Ejército Nacional Libio (ENL) que es una formación heterogénea que agrupa fuerzas del antiguo régimen, militantes anti-islamistas, tribus orientales, milicias de Zintán y otras ciudades occidentales. El ejército de Haftar recibe armas y financiación de países árabes (Egipto, Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos), países que prohíben las acciones del grupo Hermanos Musulmanes. También Rusia apoya a Haftar.

diversos orígenes, muchos de las antiguas guardias militares, milicias de diverso origen, tribus orientales, entre otros. Recibe armas y financiación de países árabes como Egipto, Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos. También recibe apoyo financiero y armas de Rusia (Soto Reyes y otros, 2017:61).

Las milicias opositoras a Haftar se organizaron en torno a la facción islamista del CGN. Se conformó una alianza de fuerzas bajo la denominación de Amanecer de Libia, que agrupaba a diversas milicias opositoras de Bengasi, Trípoli, Zauiya, Ghariane y Zuara, cuyo objetivo será derrotar a las tropas de Haftar y todos los residuos del antiguo régimen (Soto Reyes y otros, 2017:58).

En junio de 2014, un mes después al avance territorial del Haftar a través de la Operación Dignidad, “(...) *se celebraron elecciones legislativas bajo la presión de la “comunidad internacional”, que vio allí una instancia de legitimación*” (Haimzadeh, 2015:19). Estas nuevas elecciones parlamentarias tenían como propósito sustituir al Congreso General de la Nación (CGN) con sede en Trípoli e instalar un nuevo órgano institucional denominado Cámara de Representantes (CR). La participación de los ciudadanos libios apenas se acercó al 18% sin embargo, se constituye la Cámara de Representantes (CR) que se instaló en Tobruk y pasará a ser la única institución reconocida internacionalmente.

Las fuerzas opositoras islamitas instaladas en Trípoli, es decir, el Congreso General de la Nación (CGN) no reconocen los resultados de las elecciones ni a la Cámara de Representantes constituida en Tobruk. Esta situación implica que desde entonces Libia tiene dos Gobiernos y dos Parlamentos, cada uno respaldado por un brazo armado y diversas milicias que se constituyen a partir de alianzas. La Cámara de Representantes constituida en Tobruk tiene el apoyo del ex General Haftar y de la Operación Dignidad. El CGN con sede en Trípoli, mantiene su alianza con los islamistas y actúa bajo el brazo militarizado de Amanecer Libio (Soto Reyes y otros, 2017:56).

5.2. Las milicias armadas y las organizaciones terroristas

Entre los grupos armados se encuentran las milicias como actores destacados en la trama de relaciones regionales y tribales. Son protagonistas importantes del conflicto y recurso vital de las élites políticas. Cuando se produce la muerte de Gadafi, existían entre 100 y 300 milicias

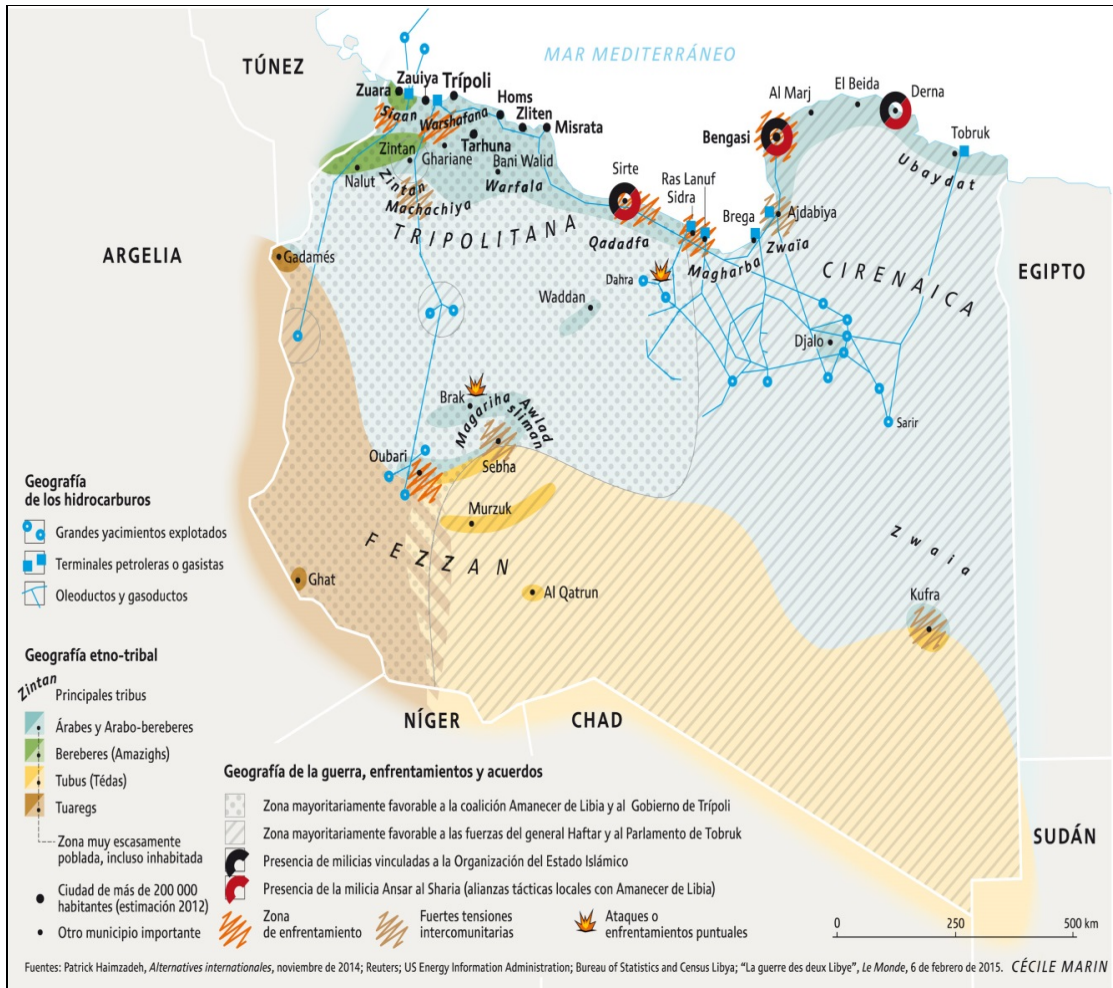
armadas que pasaron a dominar la escena durante estos siete años de guerra civil. Hasta ahora ha sido imposible desarticular las acciones de estos grupos armados, se arman y se reorganizan constantemente. Se destacan dos milicias establecidas en la región de Tripolitania que forjaron una fuerte alianza entre fuerzas armadas y elites políticas. Los islamistas se apoyaron en la Unión de Revolucionarios de Misrata, con unos 40.000 combatientes, que se formó por diversas milicias opositoras al régimen y tribus que fueron tradicionalmente no integradas al gobierno de Gadafi. Por su parte, los liberales apoyaron a la Milicia de Zintan que agrupa a diversas tribus, desde Zintán hasta las de Tabouss, Beni Walid y Sirte. Esta milicia tiene un rol importante en el escenario político, se hizo fuerte controlando el aeropuerto de Trípoli y barrios de la ciudad, así como también se ocupó de resguardar el funcionamiento de las áreas de producción de petróleo. El poder de esta milicia se sostuvo a lo largo de la guerra civil por sus acciones y número de miembros y por conservar bajo su control a un hijo de Gadafi.

Entre las organizaciones terroristas, las más destacadas son Ansar Al-Sharia y el Estado Islámico (EI). La primera de ellas surge en 2011 inmediatamente después de la caída de Gadafi y está conformada por varios grupos armados que participaron en el levantamiento militar. Cobran notoriedad internacional como grupo yihadista cuando en septiembre de 2012 atacaron el consulado norteamericano en Bengasi. Es un grupo de ideología salafista, anti-democrático y anti-occidental cuyo propósito es el establecimiento de la Sharia como organizador del Estado. La escena de ataques está en la región de Cirenarica y en Bengasi como centro principal (Figura N°4).

El Estado Islámico se va a instalar en Libia a partir de 2014 y el centro urbano donde se instaló es la ciudad de D. En 2015 avanzó sobre la ciudad de Sirte y destruyó las instalaciones petroleras con el propósito de debilitar a los grupos que explotaban y comercializaban el recurso, incluso en situación de guerra civil, como fuente de ingresos. El accionar del Estado Islámico se vio debilitado por el fuerte rechazo de otros grupos yihadistas, que van a provocar su debilitamiento. La Batalla de Sirte (2016) fue el golpe más enérgico al Estado Islámico.

Tal como se observa en la Figura N°5, el petróleo se convirtió en parte de la batalla. En 2013 se llevó a cabo un bloqueo generalizado de la producción de petróleo en todo el territorio cuando distintos grupos armados empezaron a tomar los puertos, las refinerías y las zonas de producción, como trofeos para debilitar a los enemigos. La capacidad de producción de Libia antes de la guerra era de 1,5 millones de barriles diarios, mientras que en los primeros meses de 2014 descendió a 300.000 barriles diarios (Toaldo, 2015).

Figura N° 4. Libia: hidrocarburos, tribus y áreas de control territorial en 2015



Fuente: Patrick Haimzadeh (2015).

5.3. La segunda guerra civil libia

Lo que se inició como acción para presionar al gobierno con sede en las ciudades de Tobruk y El Baida en la región de Cirenaica, finalmente se rindió ante las milicias que controlaban el bloqueo del este del país con la mediación de algunos jefes tribales. El gobierno firmó un acuerdo con los “guardianes de las instalaciones petroleras” (Toaldo, 2015). Para los islamistas y los revolucionarios de Misrata, que en ese momento controlaban el Congreso General de la Nación (CGN) con sede en Trípoli el pacto significaba un triunfo a las ideas federalistas radicadas en Cirenaica.

Este acuerdo fue el detonante de los acontecimientos que se sucedieron desde abril de 2014, es decir los violentos ataques de Bengasi en mayo y la batalla por Trípoli en julio y agosto de 2014. Fue destacada la actuación del Ejército Nacional Libio de Haftar que se declaró en rebelión

contra los “islamistas”. Los frentes batalla de esta segunda guerra Libia fueron varios y demuestran la fragmentación territorial (Figura N°5). En Bengasi, donde las batallas fueron más violentas, se enfrentaron las milicias de Ansar al-Sharia y sus aliados contra el ejército de Haftar. En Derma, donde se radicalizó la presencia de yihadismo islámico (Estado Islámico). El tercer frente está representado por la media luna petrolera de la costa, entre Sirte y Bengazi, con epicentro más conflictivo en Sidra y Ras Lanuf

En la región occidental, el cuarto está centrado en torno a Trípoli, donde las tropas de Amanecer Libio luchan contra las milicias organizadas por las tribus locales y otros grupos armados. Finalmente, el sur de Libia, que ha sido la zona más inestable desde 2011, se sostiene la lucha entre las tribus árabes y las tres minorías: bereberes, tubus y tuaregs.

5.4. La ONU y la propuesta de un Gobierno de Acuerdo Nacional

En diciembre de 2015, frente a la situación de caos reinante en el territorio (Figura N°5), la Organización de Naciones Unidas propuso la firma de un Acuerdo Político Libio que establecía una única institución de unidad nacional reconocida por la ONU. El acuerdo se firmó en Sijrat, Marruecos, y obligaba a las partes a redactar una nueva Constitución y realizar nuevas elecciones para legitimar un Gobierno de Acuerdo Nacional (GAN). “El punto fuerte del nuevo gobierno será el respaldo del Consejo de Seguridad de la ONU y de los países vecinos así como de la UE” (Soto Reyes y otros, 2017:66). Sin embargo, este acuerdo tuvo escaso reconocimiento interno, ni el Congreso General de la Nación (CGN) de Trípoli ni la Cámara de Representantes de Tobruk lo reconocen como tal, aunque ha logrado la adhesión de algunas tribus.

De acuerdo con lo expresado en el Informe 2017/18 de Amnistía Internacional, tres gobiernos rivales intentan ejercer el poder en Libia “(...) y cientos de milicias seguían compitiendo por el poder y control del territorio, lucrativas rutas comerciales y emplazamiento militares estratégicos” (Amnistía Internacional, 2018:290). En septiembre de 2017, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas amplió el mandato de la Misión de Apoyo de las Naciones Unidas en Libia (UNSMIL) hasta el 15 de septiembre de 2018. El representante de ONU para Libia, Ghassan Salamé, reiteró se comprometió con el Acuerdo Político Libio como único marco institucional factible para un período de transición que conduzca a la normalización de Libia.

Los avances de las conversaciones auspiciadas por ONU avanzan lentamente en un contexto donde es difícil construir la unidad de un país que se define como una federación de comunidades tribales, que funcionó amalgamada durante un régimen que supo acordar un pacto a partir de las rentas petroleras. Es necesario construir un nuevo proyecto político donde “(...)

queden reflejados los diversos intereses e ideologías de los ciudadanos libios y se reserve un espacio para las tribus y las etnias, todo ello a partir de una justa repartición de los beneficios del petróleo” (Soto Reyes y otros, 2017:69).

6. Conceptos teóricos para interpretar la trama territorial de Libia

Los conflictos territoriales como el caso de Libia, son una temática habitual abordada por los estudios geográficos, y dentro de estos, la perspectiva geopolítica centra su atención en los múltiples factores que permiten comprender un conflicto. Hablar de una Geografía de los conflictos armados en el mundo (Méndez, 2011) implica entender que en todos los territorios se generan contradicciones que emergen de los intereses u objetivos que persiguen los individuos o grupos de individuos. *“Estos objetivos pueden responder a intereses materiales como la propiedad o control de recursos estratégicos (desde la tierra, al petróleo, el coltán o los diamantes), la satisfacción de necesidades básicas, o la delimitación del territorio propio mediante fronteras”* (Méndez, 2011: 243). En palabras del mismo autor, es fundamental no caer en la simplificación de identificar una causa única, sino que, por el contrario, son múltiples las causas o factores que intervienen en el origen y desarrollo de un conflicto, que las mismas se refuerzan e incluso, se retroalimentan y que, además, implican el cruce de múltiples escalas espaciales de análisis. Desde los *factores externos* como la posición en el mapa geopolítico global y regional, los intereses de las potencias globales y los Estados de la región, y especialmente, el orden o contexto geopolítico internacional en el que se inicia el conflicto.

Por su parte, los *factores internos* constituyen un conjunto de variables que resulta necesario conocer para comprender la articulación de las múltiples variables y poder definir la trama territorial del territorio en conflicto. En este sentido, los factores histórico-culturales como la identidad cultural, las etnias y tribus y las relaciones interétnicas son un conjunto de variables a tener en cuenta. La estructura socioeconómica (bienestar, desigualdades sociales, empleo, IDH, entre otros) y los recursos territoriales (recursos naturales, población activa, acceso a los recursos, entre otros) mediados por la organización política del Estado (régimen político, organización del poder, relaciones interestatales y relaciones exteriores).

En la interpretación de un conflicto como el de Libia, tanto los factores externos como los internos permiten comprender las dimensiones, la evolución, los actores principales y los problemas derivados. El abordaje multivariable habilitó el conocimiento de la trama profunda de un conflicto armado que se extiende en el tiempo por su difícil resolución, en un territorio fragmentado donde actúan múltiples actores *“(...) más preocupados por el control de las*

principales fuentes de riqueza del país que por la extensión y fortalecimiento de la democracia y la gobernanza” (García Guindo y Mesa García, 2015:104).

La guerra civil que se está desarrollando en Libia puede ser definida como un *conflicto asimétrico*, entendiendo como tal,

“(…) aquellos que se producen entre ejércitos regulares, a veces dotados de armamento sofisticado, y grupos armados irregulares, con armamento convencional, que en el pasado tuvieron a la guerrilla como su mejor exponente, a la que hoy se suman diversos tipos de fuerzas reclutadas y pagadas por diferentes señores de la guerra y los grupos terroristas” (Méndez, 2011: 258-259).

En esta misma línea de pensamiento, el conflicto asimétrico también puede conceptualizarse como guerras informales o guerras posmodernas, cuya característica principal está definida por el alejamiento de todo tipo de reglas internacionales y el predominio de actores no estatales que actúan de manera descentralizada y se financian con actividades ilegales (tráfico de armas, drogas e incluso tráfico de personas).

Otra expresión utilizada para caracterizar el escenario de guerra es según la intensidad (de 1 a 3: Alta, Media y Baja) de acuerdo con el número de víctimas. Esta categoría está presente, por ejemplo, en los Informes anuales de la Escola de Cultura de Pau, de la Universidad de Barcelona. Esta institución define el conflicto de Libia como de *“baja intensidad”* (Royo Aspa y otros, 2018:49). En este sentido, conflicto de baja intensidad hace referencia *“(…) al predominio de fuerzas irregulares que usan tácticas de combate no convencionales y realizan ataques por sorpresa de forma puntual, sin frentes de batalla bien definidos, lo que exigiría una estrategia de respuesta también específica”* (Méndez, 2011: 259). El uso de este concepto puede resultar controvertido dado que muchos de los conflictos actual, y el caso de Libia en particular, son de larga duración y están caracterizados por fases o etapas de mayor intensidad, *“(…) que se alternan con otras donde permanecen larvados, pero reaparecen al cabo de un tiempo al seguir vivas las razones que les dieron origen, lo que parece convertirlos en endémicos”* (Méndez, 2011: 259).

“La guerra civil de baja intensidad y enorme desgaste interno que padece Libia desde hace varios años comenzó en 2014, cuando el país se dividió en dos Gobiernos rivales en Trípoli y en Tobruk que interactuaban con

multitud de actores locales, cuyas lealtades descansaban en las ciudades y en las comunidades tribales. La ausencia de un gobierno eficaz y la falta de cultura política [...] favorecieron el fortalecimiento de las milicias locales que cuestionaron el poder e impidieron un Gobierno unificado” (Fuente Cobo, 2018: 237-238).

De acuerdo con la situación de inestabilidad política y ausencia de poder central en la gestión del territorio, Libia puede categorizarse como “Estado Fallido”⁴. En este sentido, pese a tratarse de una expresión controvertida y muy discutida⁵, Libia reúne una serie de rasgos que habilitan la aplicación de este concepto, entre ellos “(...) no protegen a sus ciudadanos de la violencia – y tal vez incluso de la destrucción – o quienes toman las decisiones otorgan a esas inquietudes una prioridad inferior a la del poder y la riqueza a corto plazo de los sectores dominantes del Estado. [...] se desentienden con desdén del derecho y los tratados internacionales” (Chomsky, 2017: 43)

Desde 2015 Libia está incluida en esta categoría “(...) debido a la convulsión social, política y económica generada por la violencia interna reinante y la incapacidad del Estado para proveer bienes públicos esenciales a sus habitantes, siendo la seguridad física uno de los fundamentales, sino el más importante” (Rabbia, 2016:74).

Los conceptos teóricos esbozados tienen la intención de actuar como puentes entre la información y la conceptualización para estimular el estudio y la comprensión de una problemática territorial contemporánea como es el caso de Libia. El análisis conceptual, anclado en la dimensión territorial expresada en páginas anteriores, debe llevarnos a la reflexión sobre las múltiples dimensiones del conflicto y la complejidad de la trama de actores. También debe conducirnos a reflexionar sobre la apremiante necesidad de que los actores e instituciones nacionales e internacionales logren un acuerdo que garantice la paz en primer lugar, y a su vez, permita diseñar una hoja de ruta que lleve a la creación de un Gobierno de unidad que represente las múltiples identidades e intereses del pueblo libio.

⁴ Desde 2004, la organización estadounidense Fund for Peace y la revista Foreign Policy publican una clasificación anual denominada Índice de Estados Fallidos (Mendez, 2011). Este índice de vulnerabilidad considera en total 12 indicadores interrelacionados que se refieren a variables sociales y de población, económicas, políticas y de seguridad.

⁵ Noam Chomsky con su libro “Estados Fallidos. El abuso de poder y el ataque a la democracia”, publicado por primera vez en 2007, pone en escena este concepto que sigue dando lugar a discusiones y reflexiones.

7. Reflexiones finales

El conflicto libio, constituye un problema social relevante por su actualidad y por la significación del proceso histórico que lo desencadenó, así como el rol de los actores tanto internos como internacionales que participan y lo sostienen activo. En primer lugar, se lo considera así porque el pueblo libio vive una crisis humanitaria como producto de la guerra civil que se inició hace siete años, con el sistema de salud prácticamente destruido (44% de los hospitales fuera de servicio), la mayoría de los escolares sin posibilidad de concurrir a sus escuelas (558 escuelas destruidas), más de 400.000 ciudadanos desplazados y 100.000 refugiados (Sputnik, 2017). Por otra parte, y desde la perspectiva geopolítica, este conflicto tiene consecuencias en las relaciones de poder regional y global, con la participación de actores internacionales (OTAN, Unión Europea, Rusia, Qatar, Turquía, Egipto, Estados Unidos, entre otros). Finalmente, y desde la perspectiva socioeconómica, Libia es uno de los países con la mayor reserva de petróleo de África, antes del conflicto era uno de los principales productores, y la guerra impactó directamente en la producción y comercialización. De 1,6 millones de barriles diarios de extracción en 2010 se pasó a 0,4 en 2016 (Sputnik, 2017), lo que tiene consecuencias directas en un Estado que anclaba su sistema económico-financiero en la renta proveniente del petróleo.

8. Referencias bibliográficas

- Amnistía Internacional (2018) Informe 2017/18. La situación de los derechos humanos en el mundo. Londres. Recuperado de <https://www.amnesty.org/download/Documents/POL1067002018SPANISH.PDF> (Consulta: 2/08/2018).
- Banco Mundial, 2018. Estadísticas. Recuperado de <https://datos.bancomundial.org/> (Consulta 14/05/2018)
- Brieger, P. (2011). Diez claves para comprender las revueltas. En Le Monde Diplomatique N°143 (20-21). Capital Intelectual: Buenos Aires.
- Castro Fernández, S. (2014) Las primaveras árabes. En Panorama Geopolítico de los Conflictos, Instituto Español de Estudios Estratégicos (pp. 93-115). Ministerio de Defensa, España.
- Ceamanos, R. (2016). El reparto de África. De la Conferencia de Berlín a los conflictos actuales. Los Libros de la Catarata: Madrid.

- Chomsky, N. (2017) Estados Fallidos. El abuso de poder y el ataque a la democracia. Ediciones B: Barcelona.
- De Maradiaga, M. R. (2015) Libia: la destrucción del Estado. Recuperado de <http://www.cronicapopular.es/2015/11/libia-la-destruccion-del-estado/> (Consulta: 25/07/2018).
- Fuente Cobo, I. (2018) El Magreb. Importantes desafíos para una región poco integrada. En Panorama Estratégico 2018, Instituto Español de Estudios Estratégicos (pp. 213-256). Ministerio de Defensa, España.
- García Guindo, M. y Mesa García, B. (2015). Libia: la “nueva Guerra” por el poder económico. Revista CIDOB d’Afers Internacionls N° 109, 91-107.
- Haimzadeh, P. (2015) Una nación partida. En Le Monde Diplomatique N°190 (18-20). Capital Intelectual: Buenos Aires.
- Méndez, R. (2011). El nuevo mapa geopolítico del mundo. Tirant Lo Blanch: Valencia.
- López Facal, R. (2011). Conflictos sociales candentes en el aula. En Pagés, J. y Santisteban, A. (Coord.). Les qüestions socialment vives i l’ensenyament de les ciències socials (pp. 65-76). Servei de Publicacions. Universitat Autònoma de Barcelona.
- Nair, S. (2013). ¿Por qué se rebelan? Revoluciones y contrarrevoluciones en el mundo árabe. Clave intelectual: Madrid.
- Nair, S. (2012). Claves para entender el futuro. Significado y porvenir de las revoluciones árabes. En *Las revoluciones árabes. Causas, consecuencias e impacto en América Latina*, Naïr, S. et al., 163-175. Capital Intelectual: Buenos Aires.
- Rabbia, N. (2016) Libia: el Estado fallido que occidente ayudó a construir. Revista Voces en el Fénix. Año 7 Número 57. Facultad de Ciencias Económica, UBA: Buenos Aires.
- Ramonet, I. (2012) ¿Hacia qué nuevo “sistema mundo”? En *Las revoluciones árabes. Causas, consecuencias e impacto en América Latina*, Naïr, S. et al. (pp. 176-193). Capital Intelectual: Buenos Aires.
- Roy, O. (5/02/2011). ¿Dónde han ido a parar los islamistas?” Diario El País. Recuperado de http://elpais.com/diario/2011/02/05/internacional/1296860407_850215.html (Consulta: 11/09/2015).

Royo Aspa, J. M. y otros (2018) ALERTA 2018! Informe sobre conflictos, derechos humanos y construcción de la paz. Escola de Cultura de Pau, ICARIA, Barcelona.

Saborido, M. y Borrelli, M. (2016) Historia del fundamentalismo islámico desde sus orígenes hasta el ISIS. Editorial Biblos, Buenos Aires.

Sputnik (20.10.2017) “Seis años después de la muerte de Gadafi, ¿cómo es Libia ahora?” Recuperado de: <https://mundo.sputniknews.com/infografia/201710201073357912-gadafi-libia-muerte-control/> (Consulta 8/8/2018).

Soto Reyes y otros (2017) La distribución del poder en Libia post Gadafi: un análisis desde la Sociología del poder. En Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos – REIM – N° 23 (pp.47-75) Universidad Autónoma de Madrid. Recuperado de https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/681086/REIM_23_4.pdf?sequence=1&isAlloved=y (Consulta: 10/08/2018).

Toaldo, M. (2015) Petróleo y política en la segunda guerra civil libia. Revista *Afkar/Ideas* N° 45. Estudios de Política Exterior, Instituto Europeo del Mediterráneo. Recuperado de: <http://www.politicaexterior.com/articulos/afkar-ideas/petroleo-y-politica-en-la-segunda-guerra-civil-libia/> (Consulta 7/8/2018).

Urías, H. (1988) Libia. Entre el mar de petróleo y el inhóspito paisaje. Revista Comercio Exterior, México. Recuperado de <http://revistas.bancomext.gob.mx/rce/magazines/182/6/RCE6.pdf> (Consulta 10/08/2018).

Fuente de las figuras:

Figura 1: <http://www.onuitalia.com/2018/03/13/libia-italia-e-ue-approvano-nuovo-progetto-per-sostegno-economico-24-municipalita/> Consulta: 7/8/2018.

Figura 2: <http://www.malvinense.com.ar/sgeopol/2011/192.htm> Consulta: 10/08/2018.

Figura 3: <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=44767686> Consulta: 10/08/2018.

Figura 4: Haimzadeh, P. (2015) Una nación partida. En *Le Monde Diplomatique* N°190 (Pág.18). Capital Intelectual: Buenos Aires.